

Fernández, Víctor Manuel

Un sentido estructurante en el amor sacerdotal

Pastores Nº 10, diciembre 1997

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *Un sentido estructurante en el amor sacerdotal* [en línea]. *Pastores*, 10 (diciembre, 1997). <http://www.cuadernospastores.org.ar/documents/PASTORES10.pdf> Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/un-sentido-estructurante-amor-sacerdotal.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

UN SENTIDO ESTRUCTURANTE EN EL AMOR SACERDOTAL

Pbro. Víctor M. Fernández

«A Pablo Tissera, que vivió en profundidad lo que yo sólo alcanzo a balbucear»

Cuando nos preguntamos por la virtud que mejor caracteriza al cura diocesano, siempre damos la misma respuesta: por ser cristiano debe distinguirlo la caridad, que es la madre, la reina, la raíz de todas las virtudes, y sin la cual no hay mérito alguno¹. Y por ser cura, esa caridad asume determinadas características que nos permiten agregar que se trata de una caridad «pastoral».

Pero la caridad tiene ineludible e inseparablemente un doble objeto, Dios y el hermano, de modo que esta nota de «pastoral» tiñe tanto la relación con Dios como la relación con el prójimo.

En la relación con Dios se trata de un amor cautivado por la Gracia, por el Dios que es Vida y hace participar al hombre de su vida divina; es un amor agradecido y admirado ante el Dios generoso que se comunica, que salva al hombre. De hecho ya decía Santo Tomás que en Dios la máxima virtud a admirar es la misericordia².

Y ya que Él salva al hombre particularmente a través de los Sacramentos, este amor a Dios se dirige más expresamente al Dios presente y actuante en los Sacramentos. Es ante todo la Presencia eucarística el manantial donde el cura busca saciar su sed de Dios. Su encuentro de amor, donde renueva el pacto de amistad con Él, es habitualmente la celebración de la Misa. Aunque también lo ama descubriéndolo actuante en los demás Sacramentos, y en la Palabra que administra; o bien en el Orden sagrado, recibido como don de gratuita ternura.

La caridad pastoral tiene también otro objeto: el Pueblo. Los hermanos, sí, pero no la simple suma de individuos aislados, sino como los quiere Dios, como Pueblo suyo.

El párroco no ama al pequeño grupo de laicos «comprometidos», ni a su mínimo núcleo de dirigidos espirituales que le hacen la corte, y tampoco al reducido porcentaje que asiste a Misa. Ama al Pueblo entero, porque todo ese Pueblo es de Dios.

Dios o el Pueblo

Pero hagámonos ahora una pregunta clave para penetrar mejor en este Misterio. ¿Cómo se relacionan entre sí estos dos amores, cuál es primero?

El planteo no es una cuestión meramente abstracta, ya que de hecho la respuesta determina una multitud de opciones prácticas que configuran un estilo propio en el ministerio de cada uno.

Tanto en la Escritura como en el pensamiento católico tradicional hallamos una doble respuesta:

a.- Notemos cómo en *Ga* 5,14; *St* 2,8 y *Jn* 15,17 la Ley de Dios se resume en el único precepto del amor al prójimo, omitiendo el amor a Dios, lo cual puede interpretarse a partir de *1 Jn* 4,20: no puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama al hermano que ve. Por eso mismo, en el juicio final, el único criterio es el amor al prójimo³, sin que esto implique amarlo con la intención expresa de hacerlo por amor a Dios: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer?»⁴; aunque siempre requiera el impulso secreto de la Gracia⁵.

Los sabios de la Iglesia han expresado esta verdad bíblica indicando que el amor a Dios es primero en cuanto a la dignidad del objeto, pero que el amor al prójimo es primero en cuanto al «ejercicio»:

El amor al prójimo es primero en el orden del obrar... **Comienza** pues por amar al prójimo⁶.

Quien quiera amar perfectamente a Dios debe ejercitarse **primero** en el amor al prójimo⁷.

Santo Tomás brinda una mayor precisión al decir que el acto más perfecto es el acto **interior** de amor a Dios, pero que «la suma de la religión cristiana consiste en la misericordia en cuanto a las obras **exteriores**»⁸. Por la misericordia nos parecemos a Dios en cuanto representamos su obrar, ya que en el obrar divino, la misericordia sí es la máxima de las virtudes⁹. Y Tomás afirma explícitamente que la misericordia es preferible al culto:

No adoramos a Dios con sacrificios y dones exteriores por Él mismo, sino por nosotros y por el prójimo. Él no necesita nuestros sacrificios, sino que quiere que se los ofrezcamos por nuestra devoción y la utilidad del prójimo. Por cuanto la misericordia, que socorre los defectos ajenos, es un sacrificio más acepto a Él, en cuanto causa más de cerca la utilidad del prójimo¹⁰.

b.- Sin embargo, la Escritura parece decirnos lo contrario, al afirmar que «la señal de que amamos a los hijos de Dios es que amamos a Dios»¹¹.

No podemos negar la dificultad que se plantea cuando el amor al prójimo es desafiado por las contrariedades y roces de la vida comunitaria, y sabemos que es la alianza firme con Dios como primer amor lo que nos permite ser fieles a la opción por la fraternidad. Incluso en una espiritualidad tan centrada en la comunión fraterna, como la de Chiara Lubich, aparece esta convicción a partir de una larga experiencia comunitaria:

Ese gozo pleno de la unidad entre los hermanos se desvanecía a veces por el orgullo, la soberbia de alguno, por algún apego de alguien a las propias ideas o cosas... Entonces, nuestras almas se encontraban desconcertadas, se debatían en la oscuridad, y parecían inútiles los pasos que habíamos dado. Era como si el sol desapareciese sobre nuestra luminosa unidad. Entonces sólo el recuerdo de Él, en su negro abandono, nos daba la esperanza de creer que no todo estaba perdido¹².

También conocemos en nosotros mismos esas necesidades de gloria personal o de satisfacción afectiva, que muchas veces sacralizamos dándoles el nombre de «amor» o «fraternidad», cuando sólo se trata de un desordenado amor a nosotros mismos:

El problema de los hombres de hoy es lograr que se los ame... Y para alcanzar ese objetivo siguen varios caminos. Uno de ellos, utilizado especialmente por los hombres, es tener éxito; otro, utilizado particularmente por las mujeres, consiste en ser atractivas... La gente cree que amar es sencillo, y que lo difícil sólo es hallar un objeto apropiado para amar, o mejor, para ser amado por él¹³.

Podríamos decir que difícilmente puede uno reconocer y desarmar esos mecanismos sutiles del egocentrismo, si no está descentrado en la adoración a Dios, si no se encuentra con Él en la sincera intimidad del amor.

Pero apuntando más precisamente al obrar «exterior», no puede dejar de sorprendernos un artículo de S. Tomás donde parece sostener exactamente lo contrario que en las últimas citas de la Summa Theologica que mencionamos más arriba. Refiriéndose a la virtud de religión, que tiene como objeto el culto debido a Dios, dice que los actos externos de culto son más laudables que las virtudes morales que llevan a honrar o ayudar al prójimo¹⁴; y añade:

En los servicios prestados a otro en utilidad suya, es más digno de alabanza el prestado al más necesitado por serle más útil, pero a Dios no lo servimos para utilidad suya, sino por su gloria; la utilidad es para nosotros¹⁵.

c.- Comencemos aclarando esta aparente contradicción dentro de la admirable lógica tomista. Una cosa es para Tomás el acto externo de misericordia, que procede de la caridad, y otra es la virtud moral de la misericordia, que puede actuar como impulsora del acto de misericordia, en cuanto somos movidos por un sentimiento de compasión que entra en el orden de las pasiones¹⁶. El acto externo de misericordia, que procede de la caridad, es superior a los actos de cualquier virtud moral, incluida la religión; pero si lo consideramos sólo desde el punto de vista de la «compasión» (misericordia), entonces se sitúa en el orden de las pasiones, que es inferior a la religión. La caridad es una unión de la voluntad con el hermano por considerarlo una sola cosa conmigo¹⁷, llamado a compartir conmigo la misma felicidad¹⁸. La misericordia sola, como sentimiento de compasión ante una miseria, no anula la distancia que hay entre el otro y yo, y sí lo hace el amor, aunque lo acompañe una sensibilidad pobre. En ese sentido, es más noble un acto exterior de culto a Dios ofrecido por el prójimo, que un puro sentimiento de compasión meramente intimista, que me une más superficialmente al hermano que sufre.

Decimos entonces que los actos más perfectos son los movimientos interiores de amor a Dios, el culto espiritual, pero que los actos externos que mejor manifiestan ese amor a Dios son las obras de misericordia que proceden del amor al hermano, en las cuales el «sentimiento» de compasión es valioso, pero secundario. Por eso, si los actos exteriores son indicios para discernir sobre la autenticidad de nuestro amor a Dios, los actos externos de amor al prójimo valen más que la compasión que acompaña a esos actos, valen más que los actos externos de culto a Dios, y valen más que otros actos buenos en relación con el prójimo, como la obediencia, la veneración, el respeto, que están fuera del ámbito propio de la caridad¹⁹.

Dios «para» el Pueblo

Pero podemos dar un paso más, teniendo en cuenta que en la caridad pastoral nuestro encuentro directo con Dios se realiza particularmente en los Sacramentos.

Pongamos en consideración que los Sacramentos son para el Pueblo, y notemos cómo la Iglesia insiste en enseñar que la Eucaristía está ante todo para ser comida en el banquete de la Misa, de modo que la adoración fuera de la celebración eucarística debe estar necesariamente ordenada a ella:

La celebración de la Eucaristía en el Sacrificio de la Misa es sin duda el origen y el fin del culto que se rinde fuera de la Misa²⁰.

La participación más perfecta en la celebración eucarística es la comunión sacramental recibida durante la Misa²¹.

También cuando toman la Comunión fuera de la Misa, se unen íntimamente a ese Sacrificio en el cual se perpetúa el Sacrificio de la Cruz²².

Esto significa que en la celebración de la Eucaristía, mucho más que en la adoración personal fuera de ella, se realiza la plenitud y la síntesis de la caridad pastoral; porque particularmente allí se encuentra a Dios donándose al Pueblo. Mi alianza interior de amor con el Dios de la Eucaristía alcanza su plenitud cuando puedo entregarlo a los demás, ya que en el amor al prójimo se ama ante todo que Él «esté en Dios»²³, y dándole al hermano

lo más valioso, lo que más necesita, estoy prolongando el obrar divino, cuya máxima virtud es justamente la misericordia:

En sí misma, la misericordia es la virtud más grande, porque a ella le toca difundirse en otros y socorrer sus deficiencias. Y esto es propio ante todo del que es superior. Por eso es propio de Dios tener misericordia, y ante todo en ella resplandece su omnipotencia... La misericordia es la máxima virtud en quien es máximo, ya que no tiene a nadie sobre sí²⁴.

Todo esto nos impide hacer opciones dialécticas, o vivir un doble ideal que mutilaría la maravillosa armonía del obrar cristiano, cuyo modelo es el mismo Jesús:

Sería incorrecto entender que el hombre debe tener dos amores: uno a Dios, que se expresaría ante todo en la llamada «vida contemplativa», y otro al hombre, su prójimo... No era así en Cristo... En Él todo el amor se unificaba en la única fuente: el amor del Padre que quiere la salvación de los hombres²⁵.

Podemos hallar una síntesis en la noción de Reino, que implica a Dios mismo, pero plenificando al Pueblo con su Presencia transformante.

La imagen divina en el hombre: Dios «en» el Pueblo

San Buenaventura nos enriquece ofreciéndonos una exquisita precisión. La conmoción interior ante la miseria ajena, que es la misericordia, es menos noble que otra actitud: la de reconocer la imagen de Dios, la nobleza suprema del hermano necesitado. Socorrerlo por compasión es menos que admirarlo, y a partir de esa admiración, vivir el impulso eficaz de socorrerlo. Esto es propio de la piedad que procede de la caridad y la perfecciona en su dimensión fraterna:

La misericordia considera la miseria en la imagen, pero la piedad considera la imagen en el miserable²⁶.

Por eso mismo, las obras de «piedad» para con el prójimo, facilitan la contemplación²⁷, que manifiesta su perfección cuando el hombre descubre a Dios en los demás:

La contemplación es más eminente... cuando mejor se puede descubrir a Dios **en las creaturas exteriores**²⁸.

Por esta razón, no hay acto más intenso y gozoso de la caridad pastoral que aquel en que, contemplando la imagen de Dios en el hermano, le damos con amor aquello que mejor corresponde a esa imagen: Jesucristo en la Eucaristía.

Socorrer las necesidades materiales del hermano es un signo luminoso de la autenticidad de nuestro amor, más también puede suceder que en ese servicio nos contemplemos a nosotros mismos: nuestra opción, nuestra conciencia satisfecha, nuestra imagen de «salvadores». En cambio, al contemplar en el otro la dignidad de la imagen divina, y así socorrerlo, somos más los admiradores del pobre que sus ególatras «redentores».

Por eso mismo, la auténtica vivencia de la caridad pastoral nos salva de las variadas formas de clericalismo, de la peligrosa convicción de ser la clase sacerdotal salvadora del Pueblo ignorante. La verdadera caridad pastoral nos inclina más bien a otra actitud: la de contemplar la presencia de Dios en el Pueblo, la de estar atentos a la acción discreta de la Gracia que se manifiesta de mil modos en la vida cotidiana de la gente.

Siguiendo con Buenaventura, podemos decir que no amamos a Dios sólo «a través de los hermanos», sino «en los hermanos». Por eso, puede decirse de alguien tan santo como Francisco de Asís, que él «gustaba» a Dios en el hermano:

Con una devoción inaudita de su afecto, degustaba en las creaturas, como si fueran ríos, la misma Bondad fontal²⁹.

Para Buenaventura, si el hombre no hubiese pecado, descubriríamos espontáneamente la Trinidad en las creaturas³⁰; pero ya que nuestra mente está oscurecida, el amor es el mejor camino para la sabiduría. Amando al hermano, por ese mismo amor penetramos en la oscuridad del Misterio de Dios, aunque no tengamos expresa conciencia, y así lo conocemos mejor que en los límites de la teología o de la catequesis:

A los que dicen que nadie es sabio sólo porque ame, sino por algún conocimiento ulterior, digamos que eso es cierto en cuanto amando se une al gusto un conocimiento, que es el modo óptimo de conocer a Dios, por la experiencia de su dulzura, lo cual es mucho más noble, excelente y sabroso que la investigación y los argumentos³¹.

Esa es la sabiduría de la Gracia que podemos descubrir en el Pueblo, aunque a veces el Pueblo no sepa expresar lo que «sabe» con palabras de ciencia religiosa, y prefiera un piadoso «silencio»:

Este modo de conocer sólo es entendido por el que lo experimenta, y sólo lo experimenta el que está arraigado y cimentado en el amor..., en el cual consiste la experimental y verdadera sabiduría, para cuya expresión son más aptas las negaciones o los superlativos que las afirmaciones positivas, y para cuya experiencia **es mejor el silencio interior** que la palabra exterior...³².

Incluso el culto que el Pueblo tributa a Dios, suele participar de ese silencio:

La pobreza de la vida en los medios populares puede suscitar un recurso, tantas veces callado, de sólo levantar los ojos frecuentemente a Dios³³.

Pero a veces es la misma ciencia clerical la que nos impide percibir la sabiduría del Pueblo:

Cuando el hombre se deleita en el estudio por curiosidad, sólo quiere saber por saber, y de allí nace el promontorio de la vanidad que lo lleva a despreciar a otros³⁴.

Amo más que a mí mismo al Dios que comunica la vida y que comparte su Vida. Amo, como una sola cosa conmigo, al Pueblo donde Dios se comunica. Amo al hermano que veo con mis ojos, y, con ese mismo amor, amo todavía más la Gracia de Dios que actúa invisible y misteriosamente en el hermano por caminos que sólo Él conoce.

Y puesto que ni el sacerdocio ni la caridad se terminan, podríamos decir que la alegría suprema y definitiva de un cura será encontrarse plenamente con Dios y gozar viéndolo comunicar su Vida al Pueblo feliz y liberado.

Notas

¹ Tomás de Aquino, S. Th., I-IIae., 114, 4; II-IIae., 23, 8.

² *Ibid.*, II-IIae., 30, 4.

³ *Mt* 25,31-46.

⁴ *Mt* 35,37. «...etiamsi nihil de Deo cogitet»: Buenaventura, II Sent., 41,1,3, ad 6.

⁵ Tomás, S. Th., I-II, 108, 1, ad 2.

⁶ Agustín, Tratado sobre el Ev. de Juan, 17, 7.

⁷ Buenaventura, III Sent., 27, 2,4; cf. Tomás, S. Th., II-IIae., 182,4: «la vida activa es anterior».

⁸ Tomás, S. Th., II-IIae., 30, 4, ad 2.

⁹ *Ibid.*, resp.

¹⁰ *Ibid.*, ad 1.

¹¹ *I Juan* 5,2.

¹² Lubich, Ch., *Que todos sean uno*, Bs. As. 1978, 86-91.

¹³ Fromm, E., *El arte de amar*, Bs. As. 1985, 13-15.

- ¹⁴ Tomás, S. Th., II-IIae., 81, 6; cf. 81, 4, ad 3.
- ¹⁵ *Ibid.*, 81, 6, ad 2; cf. vid. quod 2.
- ¹⁶ *Ibid.*, 30, 3; cf. 30, 2, ad 1: «Dios sólo tiene misericordia por amor, por amarnos como a algo suyo».
- ¹⁷ *Ibid.*, 27, 2.
- ¹⁸ *Ibid.*, 25, 3, ad 3; 5, ad 2; 6, resp.; 26, 1 y 5.
- ¹⁹ Cf. referencia 15, vid. quod.
- ²⁰ S. Congr. Rituum, Inst. Eucharisticum Mysterium, 3 e.
- ²¹ De Sacra Communionem et de Cultu Mysterii Eucharistici extra Missam, I, I, 13.
- ²² *Ibid.*, I, I, 15.
- ²³ Tomás, S. Th., II-IIae., 25, 1.
- ²⁴ *Ibid.*, 30, 4.
- ²⁵ Tello, R., El cristianismo popular según las virtudes teologales, «La Caridad», inédito, pág. 25, punto 19.
- ²⁶ Buenaventura, III Sent., 35, 1, 6. Pero cabe decir que la presencia de «pasiones» puede indicar la fuerza de un querer.
- ²⁷ *Ibid.*, IV Sent., 37, 1, 3, ad 6; Tomás, S. Th., II-IIae., 182, 3.
- ²⁸ Buenaventura, II Sent., 23, 2, 3.
- ²⁹ Buenaventura, Legenda Maior, 9, 1.
- ³⁰ Buenaventura, QQ. disputatae de Myst. Trinit., 1, 2.
- ³¹ Buenaventura, III Sent., 35, 1 ad 5; cf. In Hex. 2, 29-31.
- ³² Buenaventura, De Scientia Christi, 7, ad 19-21; cf. Itinerarium, 7, 4-5.
- ³³ Tello, R., El cristianismo popular... (cit), pág. 31, punto 50.
- ³⁴ Buenaventura, In Hex., 18, 3.